

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

IRÁN-IRAQ

MANUEL RUIZ FIGUEROA

El Colegio de México

LA GUERRA, EL USO DE la fuerza —igual entre individuos que entre grupos sociales— como medio para imponer una solución, una idea, una causa justa o injusta, ha sido una de las constantes de la historia de la humanidad y, por lo que se puede observar a través del creciente armamentismo, lo seguirá siendo todavía por mucho tiempo, si no es que lo será hasta que el hombre termine por aniquilarse totalmente.

Este sustrato universal y común al ser humano de todas las épocas y todos los lugares: su violencia innata y su pasión tanto por la libertad, la justicia, el bienestar, como por el poder, la riqueza, el dominio y explotación de sus semejantes, bastaría para explicar básicamente el conflicto bélico entre Irán e Iraq. Hay, desde luego, especificidades individuales y de grupos sociales determinadas por el espacio y el tiempo, la historia, la tradición cultural, la lengua, la etnia, la religión, etcétera, que no modifican sustancialmente la naturaleza del ser humano, pero a las que a veces se les atribuye un carácter esencialista, peculiar y exclusivo de ciertos grupos humanos, cuando en realidad son también un fenómeno universal. El fanatismo político-religioso existe también en la Europa contemporánea, por ejemplo entre las tribus católicas y protestantes de la Irlanda del Norte.

Este fenómeno de tribalismo particularista, al que hoy se llama nacionalismo exclusivista, estrecho o chovinista, parece ser también otra de las constantes de la historia humana. Nada más legítimo que un individuo alcance su propia identificación integrándose a un grupo social en el que encuentra sus raíces y su unión con el pasado; con el que comparte intereses y valores culturales, políticos, religiosos, económicos y a través del cual espera perpetuarse en el futuro. Sin embargo, generalmente la autoafirmación del individuo, y especialmente la del

grupo, en lugar de conducir a una convivencia y cooperación con otros grupos —debido a su interdependencia— suele llevar a la negación del otro, como efecto tal vez de un complejo de superioridad-inferioridad, debido quizá a la creencia de que su cosmovisión es la única válida. Toda acción o comportamiento humano, individual o social, están basados en un sustrato ideológico que los legitima, justifica y explica. Algunos actos pueden tener un grado menor de racionalidad en cuanto son imitaciones irreflexivas del comportamiento de otros, pero en el fondo todo nuestro comportamiento obedece a una cosmovisión, aunque sea muy rudimentaria. Como decía Max Weber, el hombre en cuanto “ser cultural” está dotado de la capacidad de tomar una actitud deliberada ante el mundo y de darle un significado. En otras palabras, nuestro comportamiento tiene su raíz en una ideología política, filosófica, religiosa, etcétera. El problema empieza cuando se pretende que esa ideología tenga un valor universal (que debe ser aceptada por todos) y exclusivista (que es la única verdadera). Otro fenómeno que parece ser también una constante del comportamiento humano es el hecho de que cuando los individuos o los grupos están en pugna, aparece el grupo de los terceros, el cual establece alianzas con alguno de los litigantes o simplemente atiza el fuego hasta que los contendientes quedan exhaustos y entonces, aprovechando su debilidad, recoge de los escombros lo que queda de valor en favor de sus “intereses vitales”.

Después de 42 meses de una guerra, en buena parte de “desgaste”, y donde no se perfila un vencedor seguro, las pérdidas en vidas humanas y económicas son enormes. En vidas humanas más para Irán (ca. 400 mil muertos) que para Iraq (70 mil). Económicamente está más afectado Iraq que Irán. Mientras que Irán, además de sobrellevar los gastos de guerra, ha sido capaz de pagar casi por completo su deuda externa, si bien no muy grande (7 400 millones), y de mantener reservas superiores a las del tiempo del Sha, Iraq no sólo agotó prácticamente sus reservas sino que ha contraído deudas cuantiosas (30 mil millones a los países del Golfo y 5 600 millones a Francia). La exportación petrolera iraquí se redujo considerablemente (de 2.5 millones a 600 mil barriles diarios). Además, de sus tres rutas de exportación, dos de ellas han quedado inservibles: el

oleoducto al Mediterráneo fue cerrado por Siria, la del Golfo fue bombardeada por Irán; sólo le queda el oleoducto de Turquía; mientras tanto, la exportación de petróleo iraní se ha mantenido sin mayores problemas, tal vez porque Iraq, aunque hubiera querido hacerlo, no ha podido dañarla seriamente. Se puede especular que Francia le vendió a Iraq los aviones Etendard y sus famosos Exocet pensando que las fuertes pérdidas económicas infligidas a Irán lo obligarían a negociar o le harían perder la guerra, con lo que Francia se aseguraría que Iraq le pague su deuda. Políticamente la guerra ha sido más desestabilizadora internamente para Iraq que para Irán, que como país agredido se ha beneficiado de un resurgimiento nacionalista, lo que ha ayudado a consolidar la revolución khomeinista, dejando sin oportunidad a una posible contrarrevolución.

Por lo demás, los recursos humanos de Iraq son apenas un tercio de los de Irán (más de 40 millones de habitantes contra unos 16 millones de Iraq). Pero ni Irán ni Iraq se han atrevido hasta ahora a lanzar la gran ofensiva que aseste el golpe mortal al enemigo, temiendo, no sin razón, que éste se vuelva en su contra. Se puede, sin embargo, prever que Irán seguirá siendo la potencia del Golfo, aunque de modo muy distinto a como lo fue con el Sha, y así las cosas, si hay un ganador económico, éste lo constituyen los vendedores de armas, y si hay un ganador político y militar, lo son las grandes potencias que esperan que estas dos "potencias" del Golfo se desangren, para poder así sacar partido en favor de sus "intereses vitales" en el área y después rearmarlas nuevamente para que defiendan esos intereses. ¿Cuál es, entonces, el por qué de esta guerra?

Tenemos como explicación, en primer lugar, la razón dada por Iraq para iniciar la guerra: la obstinación del nuevo régimen iraní en no reconocer "la usurpación de los derechos árabes" con relación a sus fronteras, incluyendo el estuario Shatt al-arab y las tres pequeñas islas de las que se apoderó el Sha en 1971 (la gran Tumb, la pequeña Tumb y Abū Mūsa) y que nunca han sido de Iraq.

Durante el mandato británico en Iraq, el Golfo Pérsico debió haberse llamado británico y continuó siéndolo hasta 1971, cuando la Gran Bretaña se retiró definitivamente del área al

conceder la plena independencia a los hoy llamados Emiratos Árabes. No tiene nada de extraño que durante este mandato las condiciones impuestas por la fuerza de la Paz Británica debieran favorecer a Iraq. Así, en 1937, Gran Bretaña patrocinó un tratado entre "el soberano" Iraq e Irán, en el que los límites fronterizos no eran el medio del estuario sino se corrían a la margen oriental, dando así a Iraq pleno control sobre el Shatt al-arab. Curiosamente, durante el mandato británico nunca se determinaron con claridad otros puntos fronterizos, lo que habría de provocar después constantes enfrentamientos armados. Iraq se negó a renegociar este tratado al término del mandato británico. La imposición por la fuerza de un tratado es humillante para cualquier nación, y así lo consideró la nación iraní que, como lo comprobaron los hechos, sólo esperó el momento oportuno para vengar esta afrenta.

A la salida de Gran Bretaña, en 1971, Irán e Iraq trataron de llenar el vacío de poder dejado por la retirada británica. Iraq reclamaba Kuwait alegando que en tiempos del Imperio Otomano formaba parte de su territorio. Deseaba, igualmente, obtener las dos islas que controlan la entrada al puerto militar iraquí de Umm Qasr. Irán, por su parte, reclamaba Bahrein y tres islas pertenecientes a los Emiratos Árabes. Pero mientras Iraq no pasó de pretensiones verbales, el Sha, en Irán, mandó invadir las tres ya famosas islas (la pequeña y la gran Tumb y Abū Mūsa). Irán pudo hacerlo por dos razones: primero, por su fuerza militar ya considerable —desde 1950 hasta 1971 había comprado armas a EUA por un valor de 12 mil millones de dólares—; y segundo, porque en 1969 el presidente Nixon hizo explícito su apoyo irrestricto al Sha a fin de convertirlo en el guardián de un área estratégica que posee "la mayor concentración de yacimientos petroleros del mundo". Ese mismo año, Irán declaró nulos los acuerdos de 1937. Bien conocidas son las compras de armamento sofisticado que EUA entregó a Irán en los años siguientes, hasta convertirlo en la potencia indiscutible del Golfo. También es conocida la estrecha colaboración entre el gobierno del Sha e Israel, lo que entorpecía en muchas formas las buenas relaciones con sus vecinos árabes.

Entre los años 1971 y 1975, cuando se firmó el tratado de Argelia entre Iraq e Irán, las tensiones por las disputas fronteri-

zas —incluido el Shatt al-arab— fueron en aumento, de tal modo que, en 1975, era inminente una guerra que hubiera sido desfavorable a Iraq y que el tratado de Argelia pospuso por cinco años más.

La habilidad política del Sha, a pesar de su posición de fuerza y de contar con el respaldo encubierto de EUA e Israel, lo hizo suavizar el tratado que iba a imponer a Iraq, a fin de no dar la impresión a los ojos del mundo y del mundo árabe de que se trataba de un tratado humillante y deshonesto. Fijar la frontera del Shatt al-arab en el medio del estuario no podía ser el punto único del tratado. Así, se incluyó un segundo para delimitar otros puntos fronterizos que, desde tiempos del mandato británico, nunca habían sido claramente definidos; y un tercero, el fin del apoyo iraní a la rebelión kurda, una especie de chantaje por parte de Irán e Iraq.

La importancia vital de la ayuda iraní a los kurdos puede comprobarse al ver que sólo dos semanas después de la firma del tratado, el movimiento de Mustafa Barzani quedó reducido al silencio por el ejército iraquí.

Iraq, sin embargo, no se tragó el anzuelo, y el tratado de Argelia, firmado por el entonces vicepresidente de Iraq, Saddam Hussein, fue públicamente denunciado como una imposición de fuerza y una violación de los derechos árabes. Era, en otras palabras, el germen de una futura guerra.

Otra explicación de esta guerra puede encontrarse en el carácter "expansionista" de la revolución iraní, que pone en peligro los sistemas políticos de sus vecinos y especialmente el de Iraq que, además, cuenta con una población shiita ligeramente mayoritaria y marginada y más bien concentrada en el campo, al sur del país.

La restricción y ausencia de canales adecuados para expresar la opinión de la oposición, así como la ausencia de instituciones democráticas en todos los niveles, común en los países árabes y otros, hacen a Iraq y a los países del Golfo más vulnerables a la influencia de la revolución de Irán.

Por otro lado, nadie duda seriamente que la revolución iraní fue mucho más que un simple golpe de estado, y que se le debe calificar como una auténtica revolución, al mismo nivel que la francesa y la rusa, en cuanto no fue un simple cambio

de poder de un grupo a otro, sino de todo un orden social a otro, incluyendo una transformación profunda tanto política y social como de instituciones y valores, que fue llevada a cabo por un movimiento masivo con amplísima participación popular. Este hecho le da una importancia especial dentro del mundo islámico. Al igual que la revolución francesa y rusa, esta revolución tiene dos facetas. Una nacionalista, en cuanto es una gesta trascendental para el país, una gloria nacional que alienta y refuerza el sentimiento de identidad y autoafirmación del grupo nacional iraní, ante árabes, turcos, kurdos, afganos, etcétera, y otra faceta internacionalista o universalista, en cuanto pretende que los valores e ideales de la revolución tienen una validez universal, en nombre de los cuales se debe combatir la tiranía, especialmente cuando se ha alejado de la pureza del Islam.

Tampoco cabe duda que el nuevo régimen de Teherán se tomó en serio el papel de exportar su revolución, especialmente a Iraq. Emisiones radiales incitando a "derrocar al régimen ateo del partido ba'th", y reemplazarlo por una república islámica; apoyo al Da'wah; una organización shiita clandestina; campaña de asesinatos contra altos oficiales iraquíes e incidentes fronterizos. Iraq contestó en forma similar. Estas provocaciones, y la intervención iraní en asuntos políticos internos de Iraq, hacen al régimen de Teherán corresponsable de esta guerra, aunque haya sido Iraq quien inició las hostilidades. Así, tendríamos una razón política por parte de Iraq para iniciar la guerra: el evitar la desestabilización no sólo de su propio sistema político sino el de los países del Golfo, lo que lo convertiría en héroe internacional.

Como otra posible explicación, se aducen también las ambiciones personales de Saddam Hussein de convertirse en el líder no sólo de los países árabes sino también del grupo de los no-alineados, una especie de nuevo Nasser. Qué mejor manera de empezar que llenando el vacío de poder dejado por el Sha, aprovechando el caos y la confusión en la estructura de poder imperante en Teherán y las purgas en el ejército iraní, para convertirse en el nuevo gendarme del Golfo, área estratégica y de vital importancia para Occidente y con el que podría hablar de tú a tú siendo el amo del Golfo.

Se habla también del odio personal existente entre Hussein y Khomeini, pero se habla menos, o se trata de no hablar, de otro aspecto que se ha insinuado en estas páginas: el llamado tribalismo o nacionalismo exclusivista. Ciertamente es que las hostilidades de los estados, tal como están actualmente constituidos, empezaron en los años setenta, pero no se pueden ignorar siglos de convivencia, de rivalidad y competencia, aunque sus expresiones hayan tomado formas diversas. Las celebraciones del Sha en Persépolis, para conmemorar el gran imperio persa, tienen el mismo carácter chovinista que la película *Qadessiyah-saddam* para conmemorar la victoria árabe que puso fin al imperio persa sasánida. Baste citar algunos ejemplos. Los persas, al igual que todos los no árabes, para convertirse al Islam debían afiliarse, hacerse adoptar por una tribu árabe (los mawáliclientes) pasando así a ser ciudadanos de segunda categoría. Una "reivindicación" persa vendría con el derrocamiento de la dinastía Omeya (que representa un resurgimiento de los valores beduinos) y el triunfo de la revolución abbasí, iniciada precisamente en Khorasán y que puede interpretarse, hasta cierto punto, como una persianización y una cosmopolitización del Islam. Se puede recordar la competencia entre los *kuttab* —la clase administradora, la burocracia del imperio abbasí— que representan la tradición imperial persa y los *fuqaha* —la tradición jurista-coránica que terminaría por imponer su concepción del Islam. Está también el famoso movimiento *shu'ubiyah*, donde expresamente se cuestionaba por lo menos la supremacía cultural entre lo árabe y lo persa. Y está también, en el siglo XVI, la adopción del shiismo como religión oficial de Persia, un elemento de identificación y afirmación nacionalista frente, o contra, la mayoría sunita turco-otomana y árabe.

Así, ahora el estuario del Shatt al-arab es lo suficientemente amplio como para ser compartido y usado pacíficamente por ambos países, sin interferencia de uno con el otro. Para ambos es de una importancia económica y estratégica muy grande, aunque lo es más para Iraq, pues es su única salida al mar. Aun así, resulta difícil explicar por qué Saddam Hussein no tuvo más paciencia para negociar con Irán sino que, aprovechando una supuesta debilidad, se lanzó a la guerra para darle "una lección" (eufemismo por humillación, *vendetta*) a su ré-

gimen o a su pueblo; e igualmente es difícil de explicar la intransigencia de Khomeini ante toda negociación, a no ser a cambio de la cabeza de Hussein, si no es por motivos básicamente emocionales que escapan a la racionalidad. No creemos equivocarnos si decimos que, en último término, es un nacionalismo revanchista, al que se unen factores políticos e ideológicos, el que explica el principio y la continuación de esta guerra; puede temerse que sea también el que dictará las condiciones de paz y las relaciones futuras, ya muy dañadas, entre estos dos países.